

Viciosa lealtad en los palacios frecuentemente inclinada á mostrar su celo por medio de su bajeza; y es fragilidad de príncipes tolerar cuantas faltas parece que nacen de personal afecto.

Felizmente poseía el rey demasiada magnanimidad para adoptar la infuca medida que le proponían. Hizo justicia al mérito de Colon, y le honró como á un distinguido bienhechor del género humano considerando además deber suyo, como generoso príncipe, proteger los extranjeros á quienes la adversa fortuna arrojase á sus puertos. Otros de sus consejeros le proponían una conducta mas atrevida y belicosa. Eran de parecer de que se permitiese á Colon volver á España, pero que sin darle tiempo para organizar nueva expedición, saliese de Portugal una poderosa escuadra bajo la guía de dos marineros portugueses que habían navegado con el almirante y que tomase posesión de los recién descubiertos países; siendo la posesión el mejor título, y las armas el método mas claro de ilustrar cuestiones tan dudosas.

Este consejo, en que se mezclaban el valor y la astucia, era mas propio de la índole del monarca, uno de los mas distinguidos capitanes de aquel siglo.

A la sazón el Almirante, despues de haber recibido innumerables deferencias, volvió á su buque, en compañía de don Martín de Noroña y de una numerosa comitiva de caballeros de la corte, habiéndosele apretado una mula á él, y otra á su piloto, á quien regaló el rey veinte espidinos ó ducados de oro. Por el camino se detuvo Colon en el monasterio de San Antonio de Villafranca para visitar á la reina, que habia mostrado grandísimo deseo de verlo. La encontró rodeada de algunas de sus damas favoritas, y obtuvo de ella el recibimiento mas lisonjero. Le hizo su magestad relatar los principales acaecimientos de su viaje, y describir los países que habia descubierto, mientras ella y sus damas escuchaban con inalterable atención los relatos de aquel hombre extraordinario y emprendedor, cuyas hazañas dominaban todas las conversaciones y absorbían todos los ánimos. Por la noche durmió en Llandra, y estando al otro día para ponerse en camino, llegó un criado del rey, ofreciéndole de parte de su magestad acompañarlo á la frontera, si prefería volver por tierra á España, y proveer caballos, alojamientos y cuanto le fuese necesario en el viaje, por cuenta del real tesoro. Las tormentas se habían aplacado, y quiso antes volver en su carabela. Dándose pues al mar el 13 de marzo, llegó felizmente á la barra de Saltes al amanecer del 15, y al medio día entró en el puerto de Palos, de donde salió el 3 de agosto del año anterior, no habiendo empleado siete meses y medio completos en llevar á cabo la mas importante de todas las empresas marítimas conocidas.

#### CAPITULO V.

##### RECIBIMIENTO HECHO A COLON EN PALOS.

(1493.)

El triunfante regreso de Colon fue un suceso prodigioso en la historia del pequeño puerto de Palos, cuyos habitantes estaban todos mas ó menos interesados en el éxito de la expedición. Los mas opulentos é importantes capitanes marinos hijos de aquella villa habian tomado en ella parte, y apenas se hallaba familia que no contase algun pariente ó amigo entre los navegantes. La partida de los bajeles, en el que parecia un viaje desesperado y quimérico, entristeció toda la poblacion; y las tormentas espantosas de aquel invierno aumentaron en alto grado la consternación pública. Muchos lamentaban á sus amigos como perdidos, mientras prestaba la imaginación misteriosos horrores á su destino, ora representándolos errantes é indefensos por solitarios desiertos de interminables aguas, ora despedazados entre rocas y

torbellinos, ó tal vez presa de los voraces monstruos con que poblaba la credulidad de aquellos dias todas las mares lejanas. Un fin tan oscuro é incierto era en verdad mas terrible que la muerte misma en su forma definida y ordinaria.

Cuando llegaron, pues, las nuevas de que uno de los llorados bajeles estaba en el rio, entregáronse los habitantes á una gran agitación; pero cuando oyeron que volvía triunfante del descubrimiento de un mundo, y le vieron replegando sus velas en el puerto, trocóse la consternación en trasportes de sin igual alegría. Empezaron á repicar las campanas, se cerraron las tiendas y paró el tráfico, y solo reinaron por muchas horas el entusiasmo y tumulto del súbito gozo y curiosidad inaudita de los vecinos. Anhelaban unos saber el destino de un pariente, otros de un amigo, y todos los pormenores de aquel portentoso viaje. Al desembarcar Colon se agolpó la multitud á saludarlo, formando despues una solemne procesion, que pasó á la iglesia á dar gracias al Todo-poderoso por tan maravilloso descubrimiento acabado por los naturales del pueblo, olvidando el impresionable populacho en su entusiasmo las multiplicadas dificultades que habia él mismo puesto para poner en práctica la empresa. Por donde quiera que Colon pasaba, resonaban los vivas y las aclamaciones; recibió los honores que suelen tributarse á los soberanos, pero con décuplo ardor y sinceridad. ¡Qué contraste entre este día y aquel en que acompañaron su viaje pocos meses antes el odio y las maldiciones! O mas bien ¡qué contraste con su primer llegada á Palos, pobre, desvalido, pidiendo pan y agua para su hijo á la puerta de un convento!

Sabiendo que estaba la corte en Barcelona, quiso pasar á esta ciudad inmediatamente en su carabela, pero acordándose de los peligros y desastres que por la mar habia experimentado, creyó mas oportuno ir por tierra. Espidió correos á los reyes, haciéndoles sabedores de su arribo, salió poco despues para Sevilla á esperar órdenes, llevando consigo seis indios de los que habia traído del Nuevo-Mundo. Uno murió por el camino, y tres quedaron enfermos en Palos.

Es singular coincidencia, y bastante auténtica, que en la misma tarde del día en que Colon llegó á Palos, y mientras el repique del triunfo sonaba aun en las torres, entró en el rio la Pinta, mandada por Martín Alonso Pinzon. Despues que la tormenta la separó del Almirante, habia sido arrastrada por los huracanes á la bahía de Vizcaya, y tomado puerto en Bayona. En la incertidumbre de si Colon habia sobrevivido á las tormentas, y en todo caso deseoso de anticiparse á él y de asegurarse el favor de la corte y del público, escribió Pinzon sin demora á los soberanos, dándoles parte de los descubrimientos que habia hecho, y pidiéndoles permiso para pasar á la corte, y comunicarle los pormenores en persona. Tan pronto como se lo permitió el tiempo, se dió de nuevo á la vela, prometiéndose un recibimiento triunfal en su nativo puerto de Palos. Cuando al entrar en él vió anclado el bajel del Almirante, y supo el entusiasmo con que se le habia recibido, desfalleció el ánimo de Pinzon. Vinole á las mientes su desobediencia y su arrojo al separarse en la isla de Cuba, por la que habia impedido la prosecucion del viaje. Se dice que no quiso ver á Colon en aquella hora de triunfo, temiendo que lo arrestase; pero es mas probable que se avergonzaria de presentarse en medio de los regocijos públicos, siendo falso desertor de la causa que tan universal admiración escitaba. Entrando pues en su bote, desembarcó reservadamente, manteniéndose oculto hasta que supo la partida del Almirante. Entonces volvió á su casa, quebrantado de salud y profundamente abatido. Palos era su pequeño mundo; el teatro en que habia representado con sin igual importancia, y se veía entonces envilecido en la opinión

pública, y creía que el dedo del desprecio le señalaba de continuo. Cuantos honores se prodigaban á Colon, cuantos exaltados elogios recibía su empresa, se grababan profundamente en el pecho de Martín Alonso, como otras tantas propias reconvenções, y cuando al fin recibió una severa contestación á la carta que habia escrito á los soberanos, los sentimientos reconcentrados que le causara exaltaron su enfermedad, y murió en algunos dias, víctima de la envidia y de los remordimientos.

Fue, empero, varon capaz de grandes empresas y de ardiente ánimo; uno de los mas hábiles marinos de su siglo, de los mas intrépidos de todas las edades, y cabeza de una familia que continuó distinguiéndose entre los primeros descubridores. Habia contribuido mucho á animar á Colon, cuando andaba pobre y desconocido en España prometiéndole su fortuna, y conviniendo en coadyuvar á todas sus entonces inciertas empresas. Le habia asistido tambien con su influjo personal en Palos, combatiendo las preocupaciones públicas, y promoviendo el equipo de los bajeles, cuando ni aun las órdenes de los soberanos bastaban para conseguirlo; le adelantó además los fondos en que se habia empeñado el Almirante; finalmente, se embarcó en la expedición con sus hermanos, arriesgando por ella no solo la hacienda, sino tambien la vida. Así tenia derecho á una copiosa participacion de la gloria de aquella empresa inmortal; pero olvidando por un instante la importancia de la causa, se apartó del alto objeto que seguian, y cediendo á la seducción momentánea de un sentimiento sórdido, mancilló para siempre su elevado carácter. Nótase desde luego que estaba dotado de altos sentimientos por la intensidad misma de su dolor: no, un corazón bajo, no muere nunca herido por los remordimientos, que no tienen eco en la conciencia de los malvados. Su historia nos enseña que un solo desliz, una separacion sola de los deberes morales, puede contrapesar los méritos de mil servicios, como un momento de flaqueza puede oscurecer la luz de una vida entera de virtudes, y cuán importante le es al hombre, en todas las circunstancias, ser franco y leal, no solamente para con los otros, sino para consigo mismo.

#### CAPITULO VI.

##### RECEPCION DEL ALMIRANTE EN BARCELONA.

La epístola de Colon á los monarcas, anunciándoles sus descubrimientos, impresionó profundamente el ánimo de la corte. Considerábase aquel acontecimiento como e mas grande de su feliz reinado; y siguiendo tan de cerca á la conquista de Granada, parecia prueba especial del favor divino por el triunfo logrado en la causa de la fé. Los mismos soberanos quedaron por un tiempo deslumbrados con la repentina y fácil adquisicion de un nuevo imperio de extension indefinida é inagotable opulencia; y su primer impulso fue asegurarlo y ponerlo fuera del alcance de toda duda ó rivalidad. Poco despues de arribar el Almirante á Sevilla, recibió una epístola de ellos en que le manifestaban su júbilo, y pidiéndole se presentase inmediatamente en la corte á concertar los planes necesarios para otro viaje mas en grande. Como iba ya entrando el verano, consideraban el tiempo favorable, y le encargaban que tomase en Sevilla ó en otras partes cuantas medidas pudiesen facilitar el equipo de una escuadra, diciéndoles á vuelta de correo lo que hubiese determinado. Esta carta tenia por sobrescrito: «A D. Cristóbal Colon, nuestro Almirante del mar Océano, y virey y gobernador de las islas descubiertas en las Indias:» al mismo tiempo se le prometían nuevas recompensas. Colon no perdió tiempo en obedecer las órdenes de sus soberanos. Envióles una extensa relacion de los bajeles, gente y municiones que se necesitarían; y

habiendo tomado en Sevilla cuantas disposiciones le permitieron las circunstancias perentorias en que estaba, salió para Barcelona, llevando en su compañía los seis indios y las varias curiosidades y productos traídos del Nuevo-Mundo.

Bien pronto cundió por toda España la fama de sus descubrimientos; y como pasaba su camino por algunas de las mas bellas y pobladas provincias de España, parecia su viaje el de un soberano. Por donde quiera que iba, llenaban los habitantes de los países circunvecinos los campos y los pueblos. En las ciudades grandes, las calles, ventanas y balcones estaban cubiertos de espectadores que poblaban los aires con sus aclamaciones. Impediáse continuamente el paso la multitud que se apinaba, ansiosa de verle á él y á los indios, cuya aparicion excitaba tanta admiracion, como si fuesen naturales de otro planeta. No podia satisfacer la viva curiosidad que por todas partes le asediaba con innumerables preguntas; el rumor popular habia, como suele, exagerado la verdad, llenando el mundo recién hallado de toda especie de maravilla.



D. Juan II, rey de Portugal.

A mediados de abril llegó Colon á Barcelona, donde se habian hecho todos los preparativos oportunos para recibirle con solemne pompa y magnificencia. La hermosura y serenidad del tiempo en aquella apacible estacion y favorecido clima, contribuyeron á dar esplendor á esta memorable ceremonia. Al aproximarse á la muralla, salieron á recibirle y felicitarle muchos jóvenes nobles de la corte, y caballeros de alta alcurnia, seguidos de un vasto concurso de gentes del pueblo. Su entrada en aquella ilustre ciudad se ha comparado á los triunfos de los conquistadores romanos. Primero venian los indios, pintados segun su usanza selvática, y ataviados con sus adornos de oro. Despues seguian varias especies de loros vivos y otras aves y animales desconocidos, y plantas raras que se suponian de preciosas cualidades; habiéndose cuidado de hacer tambien ostentoso alarde de diademas indias; brazaletes y otros adornos de oro, que diesen idea de la opulencia de las recién descubiertas regiones. El último seguia Colon á caballo, rodeado de una brillante comitiva de nobleza española. Las calles estaban casi intransitables de gente; las ventanas y balcones coronados de damas, y hasta los tejados llenos de espectadores. Parecia que no se saciaba la vista pública de contemplar aquellos trofeos de un mundo desconocido, ni al hombre extraordinario que lo habia descubierto. Resplandecía cierta sublimidad

en aquel suceso que prestaba sentimientos solemnes al gozo público. Mirábase como una vasta y señalada merced de la Providencia, para premio de la piedad de los monarcas; y el aspecto magestuoso y venerable del descubridor, tan diferente de aquella juvenil bizarria que se espera en los que acaban audaces empresas, armonizaba con la dignidad y alteza de tan alta hazaña.

Para recibirlo con la debida ostentacion habian mandado los soberanos colocar en público su trono,

hajo un rico dosel de brocado de oro, en un magnífico salon. Allí esperaron el rey y la reina su ilegada, vestidos de gala, con el príncipe D. Juan junto á ellos, y á los lados los dignatarios de la corte y lo mas selecto de la nobleza de Castilla, Valencia, Cataluña y Aragon, todos impacientss por ver al genio, que habia dispensado á España tanta gloria, que habia conferido á España beneficio tan grande. Al fin llegó Colon rodeado de un brillante cortejo de caballeros, entre quienes, dice Las-Casas, se distingua



Recibimiento hecho á Colon.

por su personal elevado y magestuoso, que con su semblante, venerable por la blancura de los cabellos, le daba el aspecto augusto de un senador de Roma, una modesta sonrisa iluminó sus facciones, mostrando así que disfrutaba de la gloria y suntuosidad en que venia, y nada en efecto pudo mover mas profundamente un ánimo inflamado de noble y alta ambicion, y cierto de haberlos del todo merecido, que aquellos testimonios de la gratitud y admiracion de una monarquía entera, ó mas bien de todo el mundo. Al aproximarse el Almirante, se pusieron en pie los soberanos como recibiendo á uno de los mas altos personajes de su reino. Doblando él la rodilla, les pidió la mano para besársela; pero dudaron sus magestades si le permitirian celebrar aquel acto de vasallaje. Levántandolo con la mayor benignidad, le mandaron que se sentase en su presencia; honor raramente concedido en aquella orgullosa corte.

Accediendo al ruego de sus magestades, hizo Colon una descripción de los sucesos mas interesantes de su viaje, y de las islas que habia descubierto. Manifestó las muestras que traía de desconocidas aves y animales, de plantas raras de virtud medicinal y aromática,

de oro nativo, en polvo, en mineral y labrado en aquellos bárbaros ornamentos, y al fin presentó los naturales de aquel país, objeto de intenso é inagotable interes, que por nada tiene tanta curiosidad el hombre como por las modificaciones de su propia especie. Dijo que no eran todos estos mas que avisos de mayores descubrimientos que aun le quedaban por verificar, los cuales añadirían dominios de incalculable riqueza á los de sus magestades y á la verdadera fé naciones enteras de prosélitos.

Escucharon los soberanos las palabras de Colon con profunda emocion. Cuando acabó se postraron en tierra, y levantando al cielo las cruzadas manos, los ojos bañados en lágrimas de gratitud y gozo, ofrecieron á Dios la efusion de sus gracias y alabanzas por tan grande favor: todos los circunstantes siguieron su ejemplo, y un profundo y solemne entusiasmo penetró en aquella espléndida asamblea, impidiendo las aclamaciones comunes del triunfo. Entonó en esto el coro de la real capilla el *Te Deum laudamus* que con el melodioso acompañamiento de la música se levantó en ricas ondulaciones de armonía sagrada, llevando á los cielos en sus alas el fuego de aquellas entu-

siasmadas almas; así dice el venerable Las-Casas, *parecian que en aquella hora comunicaban todos con celestiales delicias*. Tal fue el solemne y piadoso modo con que la brillante corte española celebró aquel sublimie acaecimiento, ofreciendo tributos de melodía y alabanza y dandó gracias Dios por el descubrimiento de otro mundo.

Cuando se retiró Colon de la presencia real, le acompañó toda la corte á su morada, y le siguió victoreándole el pueblo. Por muchos dias fue objeto de universal curiosidad y adonde quiera que se presentaba, oia las aclamaciones de la muchedumbre. Mientras el ánimo de Colon se perdía en dorados ensueños y seductoras esperanzas, no habia olvidado el piadoso proyecto de rescatar el Santo Sepulcro. Ya se ha dicho que habló de él á los soberanos al hacerles sus proposiciones, presentándolo como el grande objeto que debia efectuarse con las ganancias de sus descubrimientos. Exaltado con la idea de los vastos caudales de que se veria pronto señor, hizo voto de armar dentro de siete años un ejército de cuatro mil caballos, y cincuenta mil peones para aquella santa cruzada; y otra fuerza igual en los cinco años sucesivos. Recordó este voto en una de sus cartas á los soberanos, á la que se refirió despues, pero lo cual ya no existe; ni se sabe de positivo si lo haria á la vuelta de su primer viaje, ó en algun periodo posterior, cuando la magnitud y opulencia de sus descubrimientos se hizo mas visible. Alude á él vaga pero frecuentemente en sus escritos y con especialidad en una carta al papa Alejandro VI escrita en 1502, en que tambien manifestaba la causa de no haber cumplido. Es esencial para la plena inteligencia del carácter y motivos de Colon tener este grande pero visionario proyecto á la vista, porque se habia entrelazado en su ánimo con las empresas de los descubrimientos, soñando que una cruzada seria el cumplimiento de los divinos designios, y que él era el genio predestinado por Dios para realizar tamaña empresa. Manifiéstase con esto, cuán lejos estaba de todo cálculo mercenario ó egoista; y cuán lleno su ánimo de aquellos devotos y heroicos proyectos que habian en tiempo de las cruzadas inflamado la mente y dirigido las empresas de los mas fuertes campeones y de los principes mas ilustres.

CAPITULO VII.

MORADA DE COLON EN BARCELONA. — DEFERENCIAS QUE LE PRODIGARON REYES Y CORTESANOS. (1493.)

No se reduce á España el júbilo de aquel grande descubrimiento. Estendiéronse dilatadisimamente las nuevas por medio de las embajadas, por la correspondencia de los sábios, por el tráfico de los comerciantes y por la voz de los viajeros. Allegretto Alegretti, escritor contemporáneo, dice en sus *Anales de Viena de 1493*, que acababa de saberse en aquella corte por cartas de los comerciantes que estaban en España y por la boca de varios viajeros. Llegaron las noticias á Génova por conducto de los embajadores Francesco Marchezzi y Giovanni Antonio Grimaldi, y se conmemoró entre los grandes acontecimientos de aquel año. La república, aunque desestimó la ocasion que tuvo de hacerse señora del otro hemisferio, se ha manifestado siempre ufana de la gloria de haber sido la cuna del descubridor. Sebastian Cabot dice que se hallaba en Londres cuando llegaron las noticias del descubrimiento, y que causó mucha admiracion y sorpresa en la corte de Enrique VII, afirmándose en ella que *era una cosa antes divina que humana*.

Todo el mundo civilizado se llenó en efecto de maravilla y alegría. Todos tomaron parte en el general regocijo, que embriagaba los ánimos, porque todos estaban interesados en aquel suceso que abria nuevos é ilimitados campos de observaciones y empresas.

Del gozo de los eruditos tenemos prueba en una carta de Pedro Mártir á su amigo Pomponio Laetus, en que se halla este pasaje: *Decisme, amable Pomponio, que brincásteis de alegría, y que vuestro placer iba mezclado de lágrimas, cuando leísteis mis epístolas, certificándoos del hasta ahora oculto mundo de los antípodas. Obrásteis y sentísteis como debia un hombre distinguido por su erudicion. ¿Qué manjar mas delicioso que estas nuevas podia presentarse á un claro entendimiento? ¿Qué felicidad de espíritu no siento yo al conversar con las gentes de saber venidas de aquellas regiones! Es como el hallazgo de un tesoro que se presenta deslumbrador á la vista de un avaro. El ánimo hecho presa del deformo vicio, se eleva y engrandece al contemplar sucesos tan gloriosos.*

No obstante todo este triunfo aun se ignoraba la importancia verdadera del descubrimiento. Nadie tenia idea de que fuese aquella parte distinta del globo, separa la del Antiguo-Mundo por dilatadas mares. Se adoptó universalmente la opinion del descubridor, que suponía a Cuba término del continente asiático, siendo las islas adyacentes las del mar Indio. Esto se relacionaba con la opinion de los antiguos, citados antes, acerca de la moderada distancia de España á las estremidades de la India navegando occidentalmente. Los loros se creian tambien parecidos á los que describe Plinio, como abundantes en las remotas partes del Asia. Las tierras, pues, que Colon habia visitado, se llamaron *Indias Occidentales*, y como parecia haber entrado en una vasta region de inexplorados países que existian libres de la civilizacion y del trabajo del hombre, se dió á todo la estensiva apelacion de *Nuevo Mundo*.



D. Pedro Gonzalez de Mendoza.

Mientras estuvo en Barcelona, aprovecharon los reyes cuantas ocasiones pudieron para dar á Colon pruebas de su alto aprecio. Se le admitía á todas horas á la real presencia y la reina se complacia en hablar con él acerca de sus empresas. El rey tambien aparecía alguna vez á caballo con el príncipe D. Juan á un lado y Colon á otro. Para perpetuar en su familia la gloria de tan alta hazaña, se le concedió un escudo de armas, en que se acuartelaron las reales, castillo y leon con aquellas que peculiarmente convenian, á saber: un

grupo de islas, rodeado de olas. A estas se añadió después el lema:

POR CASTILLA Y POR LEON  
NUEVO MUNDO HALLÓ COLON.

La pensión de treinta escudos decretada por los soberanos al que en el primer viaje descubriese tierra, se adjudicó á Colon por haber visto el primero una luz en las costas. Dicen que el marinero cuya voz sonó para gritar que no lejos se descubria la deseada tierra, sintió tanto verse arrancar lo que creía su merecido premio, que renunció su religion y patria, y pasándose al Africa, abrazó la ley de Mahoma: esta anécdota descansa en la autoridad de Oviedo, autor muy inexacto, y que tiene prurito de insertar noticias falsas sugeridas por los numerosos enemigos de Colon.

Puede parecer á primera vista poco conforme con la notoria magnanimidad de Colon quitarle el premio á aquel pobre marinero; pero este era asunto que envolvía toda su ambicion, y tenia sin duda á honor ser el descubridor personal de tierra, asi como el creador del proyecto.

De importancia inmediata á la del rey y la reina puede suponerse la proteccion que le dispensaba Pedro González de Mendoza, gran cardenal de España, y primer súbdito del reino; varon cuyo alto carácter de piedad, erudicion y veladas y soberanas prendas, daban especial valor á sus favores. Convidó á Colon á un banquete, en el cual le destinó el asiento mas honroso de la mesa, y le hizo servir con el ceremonial puesto en práctica generalmente en aquella edad de etiqueta para agasajar á los reyes. En este festin se dice que ocurrió la bien conocida anécdota del huevo. Un frívolo cortesano, impaciente de los honores que Colon recibia, y celoso de que se confiriesen á un extranjero, le preguntó inoportunamente, si creía que en caso de que él no hubiese descubierto las Indias, no hubiera habido otros hombres capaces de acabar la misma empresa. A esto no dió Colon inmediata respuesta; sino tomando un huevo, convidó á los circunstantes á que lo hicieran mantenerse derecho sobre uno de sus extremos. Todos intentaron hacerlo, pero en vano; Colon dió entonces fuertemente con él en la mesa, y rompiéndolo por un lado, le dejó derecho y descansando sobre la parte rota; y así indicó de tan sencillo modo, que después de haber enseñado el camino del Nuevo-Mundo, nada habia mas fácil que seguirlo.

Las distinciones que á Colon prodigaron los soberanos, le aseguraron por algun tiempo la de la nobleza; porque en las córtes compiten los magnates unos con otros en mostrar su deferencia á quien el rey se digna honrar. Recibia estos favores con modestia, aunque debía sin duda sentir alta satisfaccion en la idea de que los habia hasta cierto punto arrancado de la nacion con su valor y perseverancia. Apenas puede reconocerse en el individuo así elevado á la compañía de los príncipes, en el hombre que servia de objeto á la admiracion general, aquel oscuro extranjero que poco tiempo antes fue la mofa y burla de la misma córte, escarnecido por unos como aventurero, señalado por otros como maniático. Los que habian emponzoñado al mismo Colon durante sus pretensiones vertiendo en él la mofa y el escarnio, intentaban borrar aquellos recuerdos con pródigas adulaciones. Los que le concedieron arrogante patrocinio, ó alguna sonrisa cortesana, se arrogaban el mérito de haberle favorecido, promoviendo así el descubrimiento del Nuevo-Mundo. Apenas habia sugeto distinguido de la córte que no lo haya notado su biógrafo como bienhechor de Colon; aunque con sola la décima parte de este jactancioso patrocinio que se le hubiese dado, no habria tenido que pasar tantos años en pretensiones para conseguir el armamento de tres carabelas.

Colon sabia bien cómo apreciar los favores que habia recibido. Los solos amigos que nombra con gratitud en sus cartas posteriores, fueron los dignos Diego de Deza, después obispo de Plasencia y Sevilla, y Juan Perez, guardian del convento de la Rábida.

Honrado por sus reyes, lisonjeado por los grandes ó idolatrado del pueblo, gozó por algun tiempo Colon aura popular, antes que la emponzoñasen la emulacion y la calumnia con sus contagiosos miasmas. Sus descubrimientos brillaron en el mundo con esplendor tan vivo y súbito, que deslumbraron á la envidia misma, y recibieron la unánime y universal aclamacion de las gentes. ¡Ojalá pudiera en bien del honor humano cerrar la historia sus páginas, como el romance, con la consumacion de los deseos del héroe! Y Colon quedaria en el pleno goce de su merecida fortuna. Pero su historia está destinada á dar otro ejemplo, si ejemplos se necesitaran, de la inconstancia del público favor, aun de aquel que se gana con distinguidos servicios. Jamas se adquirió grandeza alguna con mas incontestables, puros y exaltados beneficios para la humanidad; jamas atrajo ninguna sobre la cabeza de su señor mas terribles tempestades de celos y calumnias, ni le envolvió en mas desastres y dificultades. Así sucede con el verdadero mérito: su mismo brillo atrae las reuorosas pasiones de los ánimos bajos y serviles, que con demasiada frecuencia le oscurecen, aunque momentáneamente, para el mundo; como el sol levantándose con pleno resplandor por los cielos, anima con el fervor de sus mismos rayos los corrompidos y nocivos vapores que pasajeramente oscurecen su gloria.

#### CAPITULO VIII.

BULA PONTIFICIA DE PARTICION. — PREPARATIVOS PARA EL SEGUNDO VIAJE DE COLON.

(1493.)

A pesar de su júbilo no perdian tiempo los soberanos en tomar las medidas necesarias para la seguridad de sus nuevas adquisiciones. Aunque se suponía que los países descubiertos por Colon eran parte de los territorios del gran Khan y de otros príncipes orientales, considerablemente adelantados en la civilizacion, no aparece sin embargo la menor duda acerca del derecho de SS. MM. CC. para tomar posesion de ellos. En el tiempo de las cruzadas se habia establecido una doctrina entre los príncipes cristianos bastante favorable para sus designios ambiciosos. Segun esta, tenian indisputable derecho de invadir, saquear y apropiarse los territorios de las naciones infieles, para extinguir los enemigos del nombre cristiano, y llevar por do quier las luces del Crucificado. En conformidad con esta doctrina, se consideraba al papa, por su autoridad suprema sobre las cosas temporales, con poder para distribuir las tierras paganas entre aquellos piadosos potentados que se empeñasen en reducir las al dominio de la Iglesia, y á propagar la verdadera fé entre sus descarriados habitantes. En virtud de estos principios el papa Martín V y sus sucesores habian concedido á la corona de Portugal todas las tierras que pudiese descubrir desde cabo Bozador á las Indias; y los reyes católicos, en un tratado concluido en 1479 con el monarca de Portugal, se habian comprometido á respetar los derechos territoriales así adquiridos. A este tratado se referia Juan II en la conversacion con el Almirante, en que indicaba sus títulos á los países recién descubiertos.

Así, á la primera noticia que del feliz resultado de la empresa llegó á los oídos de los monarcas, empezaron á ganarse su corazón para que sancionase sus proyectos. Alejandro VI acababa de subir á la Sta. Sede pontificia á quien muchos historiadores han acusado de cuantos vicios y crímenes pueden degradar la humanidad, pero á quien todos conceden eminentes ta-

lentos y refinada política. Era natural de Valencia, y como súbdito de la corona de Aragon, podia inferirse que estaba favorablemente dispuesto hácia Fernando; pero en ciertas cuestiones que ya se habian suscitado, no apareció de ningun modo su cordialidad para con el monarca católico. De todos modos, Fernando, conocedor de su mala índole y mundanales instintos, lo trataba de la manera que creia mas conducente. Despachó, pues, embajadores á la córte de Roma, anunciando los nuevos descubrimientos como un extraordinario triunfo de la fé; y ponderando la grande gloria y seguro acrecentamiento de opulencia que á la Iglesia redundarian de difundirse la luz del cristianismo por aquellas vastas regiones de gentiles. Tambien se curaba de manifestar que los descubrimientos presentes no intervenian en lo mas mínimo con las posesiones cedidas por la Sta. Sede al Portugal, todas las que se habian escrupulosamente respetado. Fernando, que por ser piadoso no dejaba de ser político, incluyó una insinuacion al mismo tiempo para que supiese el papa que estaba resuelto á todo trance á conservar sus importantes adquisiciones. Llevaban sus embajadores instrucciones para decir que en la opinion de muchos varones doctos, habiéndose tomado posesion de los países recién descubiertos por los soberanos católicos, su derecho á los mismos no requería la sancion papal; sin embargo, como príncipes piadosos y obedientes á la Sta. Sede, suplicaban á su santidad expidiese una bula concediéndoselos, con los otros que se descubrieran en adelante, á la corona de Castilla.

Las noticias del descubrimiento se recibieron, en efecto, con grande admiracion y no menos alegría en la córte de Roma. Los reyes católicos habian alcanzado gran predicamento en la córte de Roma por sus guerras contra los moros de España, consideradas como cruzadas piadosas y aunque ricamente pagados con la adquisicion del reino de Granada, se creía que habian merecido ademas la gratitud de toda la cristiandad. Los descubrimientos presentes eran aun de mayor trascendencia; llevaban en sí envuelto el cumplimiento de una de las mas sublimes promesas hechas á la Iglesia, pues le daban *los gentiles en herencia y en posesion las partes mas remotas de la tierra*. No hubo dificultad por lo tanto en acceder á la que se creía modesta peticion por tan importante servicio, aunque probablemente la insinuacion del político monarca avivaria la condescendencia del mundano pontífice.

Expidióse, pues, una bula en 2 de mayo de 1493, cediendo á los reyes de España los mismos derechos, privilegios é indulgencias, con respecto á las recién descubiertas regiones, que se habian concedido al portugues, para los descubrimientos africanos, y con la misma condicion de plantar y propagar en ellas la fé católica. Y con el fin de evitar cualquier rompimiento entre ambas naciones, tanto mas cuanto á tan inmensa extension se levantaban sus inapreciables descubrimientos, se expidió otra bula al dia siguiente, conteniendo la famosa línea de demarcacion, por la cual se creía que quedaban sus territorios clara y permanentemente definidos. Esta era una línea ideal tirada del polo ártico al antártico, cien leguas al Occidente de las Azores y del cabo de islas Verdes. Todas las tierras que se descubriesen al Occidente de esta línea, y de que no hubiese tomado posesion ningun poder cristiano antes de la pascua precedente, pertenecerian á la corona española; todas las descubiertas en la direccion contraria á los portugueses. Al parecer no se acordó el Sto. Padre de que continuando sus rumbos opuestos de descubrimientos, podian encontrarse alguna vez y renovar la cuestion de derechos territoriales en los antipodas.

En el entre tanto, sin esperar la sancion romana, ponian en contribucion los reyes todos sus recursos para equipar una armada. Con el objeto de que hubie-

se regularidad y prontitud en los negocios del Nuevo Mundo, se pusieron bajo la superintendencia de Juan Rodriguez de Fonseca; arcediano de Sevilla, y sucesivamente obispo de Badajoz, Palencia y Búrgos, y por último patriarca de las Indias. Era persona de alta prosapia y gran influencia, sus hermanos Alonso y Antonio poseian respectivamente los señoríos de Coca y de Alaejos; y el último era ademas contador general de Castilla. Las Casas representa al arcediano como hombre mundano, mas á propósito para los negocios del siglo que para los espirituales, y bien ejercitado en la bulliciosa ocupacion de armar escuadras. No obstante las altas dignidades eclesiásticas á que ascendió, nunca consideró sus empleos temporales incompatibles con aquellas sagradas funciones. Gozando el perpétuo aunque no merecido favor de los soberanos, mantuvo su influjo en los negocios de Indias por cerca de treinta años. Naturalmente debia poseer grandes facultades para alcanzar y sostener tamaños favores y tan altas funciones; pero era maligno y vengativo, y para halagar sus odios privados, no solo hacinaba injurias y males sobre los mas ilustres descubridores, sino que impedia con frecuencia el progreso de sus empresas, con grave perjuicio de la corona. Así podia obrar segura y reservadamente á merced de las prerogativas de su empleo. Su pérfida conducta se indica repetidas veces, aunque en términos cautos, por escritores contemporáneos de peso y crédito, tales como el cura de los Palacios y el obispo Las-Casas; pero evidentemente temian expresar la plenitud de sus sentimientos. Los historiadores españoles posteriores, siempre refrenados mas ó menos por el ojo avizor de la inquisicion, que inspeccionaba con escrupulosidad todas sus palabras, han tratado tambien con demasiada benignidad á un hombre de alma tan baja. Pero merece presentarse su imágen como ejemplo de aquellos odiosos oficiales de los estados, que yacen como gusanos en las raices de las honrosas empresas, marchitando y corrompiendo con su oculta influencia los frutos de las grandes acciones, y engañando las esperanzas de los reyes y de los pueblos.

Para asitir al obispo Fonseca en sus deberes, se le asociaron como tesorero Francisco Pinelo y como contador Juan de Soria. Su despacho para el arreglo de los negocios de Indias se fijó en Sevilla, extendiendo su vigilancia al puerto de Cádiz, adonde se estableció una aduana para el nuevo ramo de navegacion. Este fue el germen del supremo tribunal de Indias, que adquirió después tan grande poder é importancia. Mandóse tambien fundar una institucion muy parecida á esta bajo el mando de Colon en la Española. Debían ambas contadurías enviarse mútuos registros de los cargos, tripulacion y municiones de cada buque, por medio de contralores que iban en ellos. Todos estos empleados dependian de los dos contadores generales y ministros superiores del real tesoro, pues iba la corona á satisfacer todos los gastos de la colonia, y á recibir todos los emolumentos.

Las cuentas mas minuciosas y rigurosas se debian exigir de todos los gastos y observar la mayor vigilancia y precaucion respecto á las personas empleadas en negocios del Nuevo Mundo. A nadie se permitia ir á traficar ó formar establecimiento alguno sin licencia expresa de los soberanos, de Colon ó de Fonseca. El atraso en que se encontraba aquel siglo respecto á los grandes resortes del comercio, supuesto que ignoraban el ancho campo que necesita para rendir abundantes frutos, y el ejemplo de los portugueses en sus posesiones africanas, se citan como excusa de la estrecha y celosa policia que influyó en estas regulaciones coloniales.

Otro ejemplo del poder ilimitado que ejercia la corona sobre el comercio, se halla en la orden que manda esten prontos para la expedicion al Nuevo-Mundo to-